

Hacia una pedagogía humanizadora: desde la educación emocional y la bioética en la era digital

Towards a Humanizing Pedagogy: From Emotional Education and Bioethics in the Digital Age

María Jasmin Caicedo Jaimes

Universidad de Panamá, Panamá

Recibido el 2 de julio del 2025, aceptado el 25 de julio del 2025, en línea el 30 de julio del 2025.

Resumen

El presente ensayo desarrolla una crítica sobre el daño ocasionado por el uso inadecuado de las herramientas digitales en la formación ética y emocional de niños y adolescentes; específicamente en los vínculos y la relación entre pares. El motivo de preocupación es el deterioro del lazo humano, sustantivado en el sustituto de los dispositivos y los principios de autorregulación emocional. Metodológicamente, se realizó una revisión documental extensiva y argumentativa; basada en investigaciones recientes que demuestran cómo la desmesurada actividad de los dispositivos ha fraccionado la comunicación, desintegrado la familia como estructura y causado una desproporcionada carga laboral y emocional hacia docentes. Se concluye que la formación en la esfera emocional y bioética no son contenidos complementarios, sino unidades transversales de los contenidos. En esa línea, se postula una pedagogía integral que articule valores, emociones y racionalidad en post de la reconstrucción del lazo humano en las aulas. En conclusión, se plantea una educación integral que este comprometida con la comunidad educativa, esto permitirá el desarrollo de sujetos críticos, empáticos y equilibrados, capaces de habitar la era digital sin perder su humanidad.

Palabras clave: educación, bioética, ética, desarrollo afectivo, ciencia y sociedad.

Abstract

This essay develops a critique of the harm caused by the inappropriate use of digital tools in the ethical and emotional development of children and adolescents—particularly in peer relationships and human connections. The central concern lies in the deterioration of human bonds, replaced by devices and the weakening of principles of emotional self-regulation. Methodologically, an extensive and argumentative documentary review was conducted, based on recent research that shows how excessive use of digital devices has fragmented communication, disintegrated the family as a structure, and imposed a disproportionate emotional and workload burden on teachers. It is concluded that training in the emotional and bioethical sphere should not be considered as complementary content but as transversal components within the curriculum. Along this line, the essay proposes a comprehensive pedagogy that integrates values, emotions, and rationality to rebuild human connection in the classroom. In conclusion, a holistic education committed to the entire educational community is advocated, one that fosters the development of critical, empathetic, and balanced individuals capable of inhabiting the digital age without losing their humanity.

Keywords: education, bioethics, ethics, affective development, science and society.

Autor para correspondencia maria-j.caicedo-j@up.ac.pa

Publicado por IDICAP Pacífico. Este es un artículo Open Access bajo la licencia CC BY-NC

<http://creativecommons.org/licencias/by-nc/4.0/>

1. Introducción

En la actualidad, el uso masivo e indiscriminado de herramientas digitales ha transformado de manera profunda los escenarios sociales, especialmente el ámbito educativo. Plataformas como redes sociales, videojuegos en línea e inteligencia artificial no solo han modificado las formas de acceso al conocimiento, sino también los vínculos comunicativos y afectivos entre estudiantes, docentes y familias. Si bien estas tecnologías señaladas para la innovación pedagógica y el aprendizaje significativo en muchos ámbitos, desde la enseñanza escolar hasta la formación continua del profesorado; han provocado también diversas problemáticas emergentes que requieren ser abordadas con una mirada crítica y disciplinar (Gil-Fernández y Calderón, 2021).

Hoy en día, la cultura de uso masivo de las pantallas es común, especialmente para la generación infantil y adolescente. Varios estudios demostraron que la sobreexposición a las pantallas desde una edad temprana tiene efectos perjudiciales en la regulación emocional, la empatía, y la comunicación interindividual (Yalcin et al., 2021). Por lo tanto, el ambiente de entornos hiperestimulantes, ha obstaculizado la capacidad de los niños y los jóvenes para desarrollar armonía afectiva y ética. Visto desde esta perspectiva crítica, Martínez (2022) asegura que la tecnología, cuando no está guiada por la conciencia ética y la pedagogía, es un agente de deshumanización. La tecnología destruye los valores fundamentales en los que se basa la convivencia y pertenencia a la comunidad escolar.

Frente a esta realidad, se torna imperioso reflexionar acerca del rol de la educación emocional y la bioética como componentes estructurales del currículo y no como ofertas de formación independiente. Morin (2001), plantea que, se hace necesario repensar el paradigma educativo que vincula la razonabilidad con sensibilidad y ética. La formación integral de la persona requiere el desarrollo simultáneo del pensamiento crítico y el juicio moral y de la sensibilidad emocional e intuición ética. En este sentido, Damasio (1994) considera que la balanza entre razón y emoción es frágil y podría repercutir trágicamente en la toma de decisiones éticas, por lo cual se hace imprescindible fortalecer la formación emocional en los contextos educativos.

Es decir, autores como Pineda Sánchez (2021) y Rodríguez et al. (2020) coinciden en que la escuela debe promover escenarios de aprendizajes donde se integre los valores, las emociones y la autonomía moral. Lejos de caer en una tópica concepción cognitivista de la educación, este enfoque propone un modelo educativo centrado en personas críticas, empáticas y capaces de enfrentar los dilemas éticos de su tiempo.

Ante esta realidad, surgen preguntas claves: ¿En qué medida el uso desmedido e inapropiado de las pantallas digitales afecta el desarrollo emocional y ético de niños, niñas y adolescentes? ¿Cómo puede la escuela abordar a una generación hiperestimulada digitalmente y con déficit de autorregulación afectiva? ¿Cuál es el papel de los docentes ante esta crisis de sentido y de vínculos? ¿Cómo construir una pedagogía humanizadora en un contexto atravesado por la lógica del rendimiento, la fragmentación emocional y el exceso de información?

Este ensayo tiene como objetivo principal analizar, desde una perspectiva ética y emocional, los desafíos que plantea la era digital en la formación de los estudiantes. Se examinarán los impactos del uso excesivo de las tecnologías en el desarrollo afectivo y moral de los escolares, y se propondrá una pedagogía basada en la educación emocional y la bioética como vía para recuperar el sentido humanizador de la escuela. Como lo plantea Noddings (2013) la educación debe fundamentarse en una ética del cuidado, donde la formación racional se complementa con el cultivo de la sensibilidad moral y la construcción de vínculos empáticos.

La estructura del ensayo se organiza en seis apartados. Primero, se analiza el impacto de las tecnologías en las emociones y valores de niños y jóvenes; segundo, se examina la crisis emocional vivida en las aulas y la sobrecarga docente; tercero, se aborda el papel de la familia frente al vacío afectivo sustituido por las pantallas; cuarto, se exploran los aportes de la neurociencia y la bioética para el fortalecimiento de vínculos afectivos; quinto, se discute la articulación entre bioética y

pedagogía; y finalmente, se presentan conclusiones orientadas hacia una propuesta educativa que recupere la centralidad de lo humano en la era digital.

2. Desarrollo

2.1. *Tecnología sin control: un riesgo emocional y ético para las nuevas generaciones*

Hoy en día, con los rápidos avances tecnológicos, el internet y las redes sociales han diluido los roles de la familia, la escuela y el maestro, no puede mantenerse el paradigma actual basado en jerarquías verticalistas y estructuras cerradas. En cambio, Morin (2001) alerta sobre la necesidad de superar una educación fragmentada y tecnócrata abogando por una pedagogía del pensamiento, la ética del cuidado y la formación de sujetos que conciban y transformen funcionalmente el mundo.

Si bien las ventajas de la tecnología en términos de acceso a la información y conectividad son innegables, también hay riesgos significativos que rara vez se discuten, especialmente entre los niños y adolescentes. Muchas familias permiten que incluso los menores de dos años pasen largas horas frente a una pantalla, ya que es más fácil que estimular su desarrollo cognitivo y emocional. Además, Yalcin et al. (2021) han señalado que el uso prolongado de herramientas digitales en la educación temprana durante los primeros años escolares se asocia significativamente con la estabilidad emocional, las dificultades de atención y la regulación afectiva.

Este fenómeno descubre una paradoja de la contemporaneidad: mientras se conmemora los éxitos de progreso técnico, se reconoce las implicaciones éticas y humanas del mismo. Según Martínez (2022) cuando la tecnología entra en la vida humana sin criterios de uso responsable y sin acompañamiento pedagógico, se convierte en un medio que empobrece del sistema de valores, la total desvalorización de la emoción y la legítima indiferencia. La deshumanización progresiva señala la crisis en la transmisión y percepción de los principios morales y humanos, en la extraversion y pérdida de principios morales como la empatía, proceso integrante del desarrollo de la personalidad.

En esa medida, oponerse al empleo de tecnologías digitales no resuelve el problema; más bien, la calidad de sus efectos depende de las condiciones de acceso, regulación y acompañamiento. Díaz-Gamba et al. (2021) en una línea argumentativa similar apuntan a que las redes sociales se presentan, al respecto, como una expresión agravada del problema. Por ello, llegan a indicar que, en caso de integrar las mismas, el efecto positivo sobre el desarrollo moral puede originarse. Sin embargo, utilizada de manera indiscriminada y sin los adecuados niveles de mediación crítica, introduce una camisa de fuerza emocional e intelectual que restringe la posibilidad de desarrollarse autónomamente conforme a la libertad humana ante la que exigen responsabilidad educativa conjuntamente con sus familias.

Uno de los desafíos más apremiantes es que las nuevas generaciones que interactúan con las tecnologías sin una estructura de pensamiento crítico consolidada. En entornos donde las emociones sobrepasan a la reflexión y el hogar no establece pautas, se fomenta la erosión de valores. Tal como los mencionan, Fallas et al. (2020) la exposición a pantallas a edades muy tempranas disminuye la maduración emocional, lo cual repercute en competencias como la autorregulación, la atención sostenida, el control de los impulsos, competencias que son cruciales para el desarrollo del aprendizaje y la relación con los demás.

En primer lugar, el entorno digital ha desterrado las prácticas fundamentales para el desarrollo infantil, como el juego, la socialización y la asombrosa. En todos los casos, más allá de la correspondencia o no de los sujetos, han invadido la vida cotidiana, han sido tomados por una desmesurada ocupación de las pantallas, dejando de lado la conversación, la actividad corporal y la experiencia. Martínez y González (2017) enfatizan la necesidad de determinar cierta inmediatez en relación con el establecimiento de límites y marcos normativos que aseguren una relación sana y no adictiva con la tecnología educativa y en los hogares.

En términos emocionales, el uso compulsivo de redes no solo pone en riesgo el equilibrio emocional entre la razón y los sentimientos, sino que además difumina los límites entre la vida real y

la virtual. Martínez y González (2017) aseguran que, en cuanto a la dependencia, la misma también afecta a los hábitos más íntimos de las personas, como las rutinas, la dinámica familiar y la percepción del yo. En su expresión más severa, la desconexión puede manifestarse en experiencias extremas de soledad; en casos más devastadores, a la desintegración familiar y la afectación vital, cuando muy a menudo los sujetos priorizan la interacción digital en vez de la presencial con familiares o las responsabilidades.

Dada esta situación, Rodado y Giraldo (2021) señalan que, a pesar de la preocupación de padres y madres por los posibles perjuicios de un uso abusivo de la tecnología, les conceden “autonomía” para favorecer y garantizar su disponibilidad en sus actividades. Esto favorece a que no se pongan límites y, en todo caso, lo que refuerza y legitima una cultura de desconexión afectiva. En muchos casos, los adultos también están inmersos en prácticas de sobreuso digital, lo que dificulta establecer referentes consistentes de regulación.

En definitiva, la tecnología, cuando no es acompañada por una ética del cuidado, una educación emocional sólida y una mediación crítica desde el hogar y la escuela, se convierte en un agente de fragmentación subjetiva. El rol del docente cobra así una centralidad renovada, al ser quien debe contrarrestar los efectos de esta exposición desmedida con propuestas pedagógicas centradas en el desarrollo del pensamiento crítico, la alfabetización digital y la formación ética de los estudiantes.

2.2 La crisis emocional en el aula: entre la ausencia de límites y la sobrecarga docente

El espacio escolar ha dejado de ser únicamente un lugar destinado a la transmisión de conocimientos y experiencias para convertirse, progresivamente, en el escenario donde confluyen las manifestaciones de una crisis emocional profunda originada en los entornos familiares. Esta transformación afecta tanto a los estudiantes, quienes presentan carencias afectivas y comportamentales, como a los docentes, que se ven obligados a enfrentar situaciones para las cuales no siempre han sido preparados. En este sentido, Rodado y Giraldo (2021) advierten que el uso desmedido de dispositivos digitales y redes sociales, junto con la falta de supervisión por parte de los adultos, ha alterado las dinámicas familiares, trasladando sus consecuencias al ámbito educativo.

El ejercicio docente, en su concepción más integral, no puede estar destinado únicamente a la transmisión de información y contenidos curriculares. De hecho, los profesores constantemente tienen que administrar y modificar procesos de socialización, contención emocional y enseñanza de valores en sus estudiantes. Este último proceso se ve considerablemente afectado por la falta de coherencia en otras etapas y agentes de socialización, como el hogar. En el análisis de Espinoza (2024) la incorporación activa de los padres en los procesos de socialización y, sobre todo, formación en valores, instrumentado como la forma de impulsar y exhortar el comportamiento moral de los niños a través de pautas claras y límites bien definida ayuda a prevenir la aparición de desafío y trastorno en un contexto pedagógico. La falta de estos factores promueve la transmisión de condiciones adversas para el clima aula.

De esta manera, la desregulación emocional del alumnado se conecta con escenarios familiares donde la estructura cuenta con vacíos o, directamente, por actitudes de desapego. En consecuencia, la figura docente ve cómo involuntariamente su intervención se proyecta hacia demandas de asistencia, psicología o ética, más allá de su competencia como formador. Según, Yalcin et al. (2021) concluyen, en este sentido, que la disponibilidad de instrumentos tecnológicos sin una mediación adecuada por adultos responsables de su administración profundiza la vulnerabilidad emocional infantil al crear una deficiencia de modelos referenciales fuertes a la hora de construir sus marcos de comportamiento y valoración.

La crisis en la configuración del núcleo familiar, como señala Armaza (2023) ha impactado directamente en el sistema educativo. Se observa la mayor presión en el profesorado, quienes deben hacerse cargo de problemáticas de todo tipo, sin herramientas, ni garantías institucionales. La sensación de sobrecarga laboral y emocional causa estados de incertidumbre, agotamiento y

frustración que llevan a que los profesionales de la educación tengan que asumir responsabilidades para la cual no han sido preparados.

La inexistencia de estructuras normativas claras en el hogar muestra secuelas fuertes en el comportamiento de los estudiantes. Muchos profesores se ven diariamente en situaciones que requieren no solo conocimientos didácticos, sino también de habilidades socioemocionales para afrontar la falta de límites, la impulsividad y la apatía afectiva de los estudiantes. Vázquez (2021) argumenta que la carencia de competencias parentales en el ámbito moral, ético y emocional obliga a la escuela a ejercer funciones que desbordan su misión formativa, tratando de compensar afectos huérfanos que son de la esfera de lo parental.

Este fenómeno ha sido trabajado por investigaciones recientes. Según el estudio de Educo y SM (2025) el 37 % de los docentes en Colombia manifiesta síntomas de agotamiento derivados de la gestión de problemáticas familiares y sociales desde el aula, muchas veces sin contar con formación especializada ni acompañamiento institucional. Esta realidad pone de manifiesto la urgencia de reestructurar la educación desde una mirada integral, que incorpore dimensiones emocionales, bioéticas y de cuidado, y que fortalezca no solo las competencias académicas, sino también el desarrollo humano y la sostenibilidad psicosocial del quehacer docente.

Es primordial para un adecuado abordaje de la crisis emocional en las aulas un escenario en el que la escuela, la familia y el Estado adquieran un compromiso preventivo y reactivo acerca de los mismos. Al respecto, resulta imperioso la puesta en marcha de políticas públicas que tengan como objetivo la prevención educativa, la corresponsabilidad y la revalorización docente. Esta tarea resulta imprescindible en el escenario de crisis imperante que supone el actual contexto socio tecnológico y afectivo.

De acuerdo con Mulumeoderhwa (2012) “el aprendizaje en la era digital exige el desarrollo de redes dinámicas entre estudiantes, maestros, familia y escuelas, de acuerdo con el marco teórico del conectivismo, una tercera corriente del aprendizaje”. Sobre este particular, el tratamiento de la crisis emocional en las aulas implica un abordaje conjunto de la escuela, la familia y el Estado, que incluya políticas públicas en torno a la formación emocional y el reforzamiento del rol docente. Tan solo de esta forma podrá gestionarse de manera adecuada los retos sociales, táctiles y tecnológicos que permitan las habilidades blandas de la educación sean una responsabilidad compartida entre los tres actores previamente mencionados, para auspiciar el desarrollo preparatorio de sus beneficiarios.

2.3 Familias desconectadas y emociones en crisis: la educación frente al espejo digital

Estos cambios se ven agravados por el impacto de la tecnología en los entornos familiares. A medida que los dispositivos digitales se convierten en un instrumento omnipresente de interacción, numerosas funciones cognitivas y emocionales y se delegan a algoritmos de recomendación y video viral, pierde su relevancia la función formativa de la familia. Según Denis et al. (2022) muchos de los padres son adictos al internet y, por lo tanto, la interacción emocional con sus hijos es de mala calidad, la provisión diaria de calor es inadecuada y esto debilitaba la capacidad de lograr responsabilidad con profesionalismo y autoridad.

Este fenómeno se agrava con el aumento del tiempo de exposición a pantallas, especialmente a través de redes sociales y plataformas de entretenimiento, las cuales no solo afectan los hábitos de convivencia familiar, sino que también están asociadas con dificultades en la regulación emocional y la interiorización de valores. Armaza-Deza (2023) sostiene que cuando el entorno familiar carece de un sistema de contención sólido, se generan vacíos que impactan directamente en el desarrollo socioemocional de los niños y adolescentes, manifestándose posteriormente en los contextos escolares.

Los docentes son testigos directos de estas alteraciones. La preferencia de muchos estudiantes por la interacción digital por encima del juego cooperativo o de la socialización espontánea con sus pares refleja una tendencia hacia el aislamiento, la pasividad y la dependencia emocional. De acuerdo

con esto, Damasio (1994) señala que, cuando los sentimientos son más fuertes que el razonamiento, la lucidez para estimar los resultados lógicos de tomar una decisión se ve afectada. Por lo tanto, es crucial que los adultos, y especialmente las figuras paternas, desarrollen un razonamiento racional y objetivo que ayude a guiarlos a alcanzar adolescentes con un razonamiento ético y consciencia de los sometimientos de sus emociones.

La tecnología, cuya irrupción dio origen inicialmente a la planificación de la vida de la familia, ha invertido su función en el momento en el que se emplea sin criterios pedagógicos o éticos. Actualmente, la escuela asume funciones que desde imposiciones propias le son ajenas a la pedagogía, la formación en valores, la regulación de la conducta y el fortalecimiento de los principios morales, lo cual sustituye y compite con el desenvolvimiento de dichas áreas que son propias de los hogares. Según Díaz-Gamba et al. (2021) el uso inadecuado de las herramientas digitales ha dejado de lado la calidad de las relaciones humanas, dando paso a procesos deshumanizadores; el rasgo originario en la desfamiliarización.

En definitiva, el debate no reside en prescindir de la tecnología, sino en utilizarla de forma crítica, reflexiva y ética entre los retos y oportunidades de la vida diaria. En esta misma línea, Codina Felip y Lluch-Molins (2023) sugieren la incorporación de una reflexión bioética que posibilite un uso responsable del entorno digital, tomando como criterio el bienestar emocional y la armonía convivencial. Frente a la adquisición de competencias digitales, la educación emocional es una medida preventiva a abordar tanto desde el hogar como desde el ámbito escolar.

A pesar de que algunos padres de familia logran detectar la adicción de sus hijos a las redes sociales o videojuegos, no siempre tienen las estrategias más efectivas para disminuir su uso. Esta falta de estrategias genera una sensación de impotencia y tristeza frente al dominio que tiene la tecnología dentro de los hogares. Espinoza (2024) menciona que muchas familias sienten que están perdiendo la batalla frente a las tecnologías y que los vínculos afectivos y la cohesión emocional cada día se están debilitando más.

Los niños y adolescentes de hoy en día están en un entorno de alta exposición a estímulos digitales que activan sistemas de recompensa cerebral, especialmente por la vía dopaminérgica. Estos mecanismos, potenciados por algoritmos de personalización de contenidos, promueven una nueva forma de dependencia, que afecta la atención, la autorregulación emocional y la recuperación y desarrollo de la capacidad de demora en la gratificación. Según Fallas et al. (2020) “la exposición prolongada a pantallas en edades tempranas y preadolescencia conlleva un riesgo para la maduración psicosocial y el desarrollo emocional sobre todo de la atención sostenida y de la regulación de los impulsos” (p. 7).

En muchos casos, las herramientas digitales se convierten en una válvula de escape para los sentimientos de frustración o impotencia que se generan en el ámbito de lo cotidiano. Al respecto, Moreno Pulido (2022) subraya que los dispositivos pueden satisfacer durante un tiempo ciertas emociones no cubiertas, promoviendo una estructura de dependencia insatisfecha por otros medios, que impida a los sujetos aprender a tolerar la frustración o el malestar y a desarrollar recursos psíquicos para lidiar con emociones insatisfactorias. Por lo tanto, la lógica de la compensación digital tanto desvincula más a la familia como promueve en el menor el refuerzo de patrones evitativos.

En este entorno, la educación emocional y la formación bioética enmarcados en un contexto lo pedagógico son ejes estructurales para el proyecto educativo en el ámbito educativo y familiar. La promoción de habilidades emocionales, articulado al pensamiento crítico sobre la tecnología y el fortalecimiento de los vínculos interpersonales son estrategias para contrarrestar los inconvenientes nocivos de la hiperconectividad. Por ello, Chalco et al. (2016) afirman que la integración de componentes socioemocionales y neuro educativos en el currículo es lo adecuado para enfrentar los retos actuales e intensificar el desarrollo integral de niños y jóvenes con un enfoque humanizador.

2.4. *Neuroeducación y bioética: caminos para recuperar la humanidad en el aula*

Frente al creciente quiebre emocional propiciado por el uso del descontrolado de tecnologías digitales y a la disolución del tejido ético-afectivo en las aulas de clases, la neuroeducación y la bioética son rutas complementarias para resituar a la escuela en tanto espacio humanizador. La neurociencia provee herramientas científicas para comprender los procesos emocionales, cognitivos y sociales que transcurridos en la actividad pedagógica. Según Benarós et al. (2010) las indagaciones de la neurociencia permiten articular, respuestas pedagógicas más eficientes para atender los desafíos emocionales actuales e involucra atreves del cerebro, los procesos afectivos y el crecimiento de las habilidades sociales.

Desde esta óptica, la neuroeducación plantea la integración del saber neurocientífico con las prácticas pedagógicas del aula para fomentar la autorregulación, empatía, resiliencia y el pensamiento crítico. Bisquerra (2009) sostiene que, debe estar transversalmente al currículo, esta implementación tendría repercusiones positivas en la convivencia escolar y, por ende, en la motivación y el rendimiento académico. Con relación a lo anterior, Chávez y Salazar (2024) subrayan que la adecuada regulación de las emociones promueve un rendimiento cognitivo conveniente, dada la estabilidad emocional y afectiva dentro del aula, lo que favorece un aprendizaje significativo.

En la misma línea, la formación de los docentes debe orientarse a conocer el cerebro social al que se refiere Rojas (2020) es decir, el cerebro configurado por lo emocional y las relaciones significativas, en particular, en la edad infantil y adolescente. En tal sentido, la educación adquiere la función crucial de la escuela como contención, reparación simbólica y promoción de las capacidades soft skills. Codina-Felip y Lluch-Molins (2023) reflexionan sobre la fusión entre ciencia y ética en el proceso de formación con la finalidad de formar individuos reflexivos; empáticos y críticos; responsables ante los dilemas de la sociedad contemporánea.

Además, desde la bioética educativa posible analizar la perspectiva normativa, reflexionando sobre las consecuencias morales del uso de la tecnología tal y como la capacidad de desarrollo personal y el compromiso del bien común. La ética del cuidado y en relación con la dignidad de la investigación debería ser una interrelación con la alfabetización digital y emocional, en un enfoque integral que precautela cualquier deshumanización que podría producir a partir del uso instrumental de los saberes. Como lo plantea Esteban (2020) la ética en la aplicación al proceso educativo humaniza las prácticas, no solo las regula, para abrir un camino de pensamiento autónomo y responsable.

La implementación de límites razonables al uso de dispositivos, junto con estrategias pedagógicas orientadas al desarrollo de la creatividad y la imaginación, permite recuperar experiencias que estimulan la autonomía, la resolución de problemas y la exploración del entorno. Castillo-Cobo y Caurcel-Cara (2023) afirman que alejar temporalmente a los niños de las pantallas favorece el ejercicio del pensamiento divergente, el desarrollo de la autoconfianza y la capacidad de enfrentar nuevos retos con mayor seguridad y flexibilidad emocional.

Del mismo modo, Bisquerra y Pérez-Escoda (2012) advierten que la pérdida de habilidades como la creatividad, la curiosidad y la capacidad de asombro representa una renuncia simbólica a la esencia misma de la infancia y la adolescencia. Estas capacidades, lejos de ser accesorias, constituyen núcleos fundamentales del desarrollo humano. Su debilitamiento compromete la formación de sujetos autónomos, éticos y emocionalmente equilibrados. Por ello, es urgente consolidar un modelo educativo que articule emociones, pensamiento crítico y principios bioéticos, como propone también la UNESCO (2021) en su llamado a integrar la dimensión emocional en los aprendizajes esenciales del siglo XXI.

La promoción de un entorno formativo donde se priorice el bienestar integral por encima de los resultados cuantitativos permite avanzar hacia una educación verdaderamente transformadora. Por lo tanto, la neuroeducación y la bioética no tienen que entenderse como discursos paralelos sino, más bien, como perspectivas complementarias que permitirán a la escuela, al definirse próximamente,

recuperar su misión genuina: formar seres humanos íntegros, conscientes y capaces de acrecentar un futuro más justo, equitativo, misericordioso y planetariamente sostenible.

2.5. *La bioética y las emociones en lo digital*

En un contexto dominado por la hiperconectividad, la inteligencia artificial y el uso intensivo de dispositivos digitales, se hace urgente articular en el ámbito educativo tres componentes fundamentales: las estrategias pedagógicas, la inteligencia emocional y los principios bioéticos, constituyen una herramienta eficaz para abordar la formación integral de los estudiantes. Esta tríada descrita serviría como una base saludable para capacitar a los niños y adolescentes con habilidades socioemocionales necesarias para la vida. Al mismo tiempo, como indican Baba y Siddiqi (2017) la emoción mejorada permite una elección más subconsciente y ética, lo cual es crucial en la situación moralmente compleja del mundo digital actual.

La integración de las habilidades emocionales con los sustentos bioéticos vistos hasta aquí permiten superar la escisión entre razón y emoción de forma humanizadora, es decir, que tenga presente la centralidad del cuidado, la empatía y el juicio moral en los procesos formativos. Para Rodríguez et al. (2020) sostiene que este rol de transmisión de una comprensión profundizada de sus emociones y su impacto en la vida diaria, escolar y social del sujeto de aprendizaje es el docente y académico, quien desde su vital experiencia acompaña la mirada de estos a sus propias vidas personales, escolares y sociales. Si se considera que la tecnología ha perpetrado, en un solo golpe, la vida emocional y social, dicha función cobra mayor sentido, porque en muchos casos ha desplazado el contacto directo.

Por lo tanto, la educación emocional no se debe agregar al margen del ajuste al currículo, sino que se debe adscribir a un eje estructural destinado a responder a las tensiones éticas que impulsan la digitalización de la vida cotidiana. Por lo tanto, Benarós et al. (2010) señalan que la descomposición familiar, los efectos del deterioro ambiental, la pandemia de los problemas de salud mental, el estallido de la adicción a las redes sociales son los signos directos de que el enfoque fundamental del proceso de educación debe cambiarse. No solo inculcar los valores éticos sólidos y enseñar la autorregulación, sufrimiento emocional llevará a la dignidad y la conciencia de la actualidad.

Desde esta perspectiva humanizadora la bioética educativa propone romper con los paradigmas de la fragmentación entre lo tecnológico y lo humano, promoviendo una relación de integración armónica entre cuerpo, las emociones y los valores. De acuerdo con lo sostenido por Puig (2012) la educación debe posibilitar abordar la dimensión racional y emocional conjuntamente, contribuyendo a la formación de sujetos completos, autónomos, empáticos y responsables moralmente. En ese marco, la educación bioética posibilita resignificar el acto educativo como un acto de cuidado que excede la instrucción técnica y que tiene como cimiento la ética del encuentro y la dignidad del otro.

Asimismo, este enfoque cuestiona la ausencia de un diseño tecnológico alrededor del bienestar emocional. Según Verma et al. (2024) enfatizan que la mayoría de las tecnologías digitales han sido diseñadas sin perspectiva educativa y ética, lo que las ha llevado a actuar como una barrera a la promoción de la autorregulación, empatía y salud mental. Que tal uso excesivo e inmediato sin mediación adultos desinhiba los mecanismos sensibles y afectivos que sirvan como alivio y reemplacen en momento dado.

La mediación entre inteligencia emocional y bioética no puede abordarse como una dicotomía. Al contrario, Pineda-Sánchez (2021) dice que esto se dirige a un problema de regulación emocional crítico para implementar principios bioéticos. El autor propone la imposición de la ética en la medida en que los estudiantes a menudo enfrentan dilemas extremadamente complicados y, como resultado, emocionalmente cargados. Al final, las decisiones deben tomarse de manera libre, autónoma y responsable.

Según Moreno-Pulido (2022) el trabajo debe hacerse desde objetivos claros y estructurados de educación emocional, para qué refuerza las competencias como la empatía, autocontrol, identificación de emociones y toma de decisiones del bien común. Estas competencias, lejos de ser solo competencias del estudiante, representarían la base para una ciudadanía ética en entornos digitales. La escuela, entonces, se convertiría en un entorno no solo de conocimiento, sino de construcción de subjetividades sensibles y éticas.

Finalmente, los espacios digitales adecuadamente diseñados e intencionados pueden actuar como intermediarios en la facilitación de experiencias de aprendizaje emocionalmente significativas. Moreira et al. (2021) aseguran que los adolescentes deben estar en un ambiente seguro constantemente para que puedan explorar su propia identidad, aprender a controlar sus emociones y mantener una presencia sólida en el entorno social. Si se siguen criterios claros de bioética y pedagogía en la implementación de lo digital en el aula, se necesita mucho más de esto para vivir experiencias agradables centradas en el autoconocimiento, la autoconciencia y una identidad más fuerte

En síntesis, la metodología de la bioética educativa en conversación con la inteligencia emocional radica en una propuesta sintetizadora para la humanización de la escuela en pleno contexto de acelerada digitalización. No es renunciar a la tecnología, sino encauzarla por lo referente a la dignidad humana; la vivencia del bienestar emocional y la formación holística de las expresiones referentes a la conformación venidera.

3. Conclusiones

La era digital ha transformado de modo radical las formas de interacción humana, los escenarios y modos de vida escolares, familiares, entre otros. Si bien es cierto que la democratización de la información y las oportunidades de aprendizaje han extendido las opciones de las personas, las prácticas desreguladas y huérfanas de sentido ético han repercutido de manera profunda en la estabilidad emocional, el desarrollo moral, y la calidad de los vínculos sociales de niños, niñas y jóvenes. Esta realidad interpela directamente a los sistemas educativos, en tanto estos deberán asumir una función formadora mucho más amplia, comprometida con la construcción de subjetividades críticas, empáticas y emocionalmente integradas.

A lo largo de la presente exploración se ha evidenciado que la educación centrada en los contenidos cognitivos resulta insuficiente para dar respuesta a las complejas problemáticas de la contemporaneidad. La escuela, como íntegro formativo, debe producir una alianza entre lo académico, las competencias ciudadanas para la paz y la bioética de la vida con la cual se fomente la empatía, la autonomía, el respeto y la responsabilidad. Tal y como lo advierte Morin (2001), de una pedagogía fragmentada, se debe pasar a un pensamiento humanista que posibilite tanto la complejidad del pensar como el cuidado del otro como epicentro del hacer educativo.

Del mismo modo, se ha evidenciado la necesidad de resignificar el papel de las familias, reconociendo que en ellas recae por ser los primeros y principales agentes en la construcción de normas, afectos y principios morales en el hogar. La falta de regulación en el uso de las herramientas tecnológicas, la desatención emocional y falta de presencia activa de los tutores ha creado un vacío formativo que es atribuido injustamente a los docentes, los cuales han sido transitados por una sobrecarga emocional para la cual no han sido capacitados ni acompañados por políticas públicas pertinentes.

En este sentido, resulta necesario, no solo en tiempo, sino en términos de urgencia, repensar el modelo educativo desde una pedagogía crítica del cuidado, en la que la dimensión emocional y la formación bioética constituyan aspectos estructurales. No se trata sólo de modificar la mera programación, sino de transformar el sistema educativo, y ello implica desde lo curricular hasta la política educativa, no solo el estar de los docentes, sino también el hacer, no solo el diseño de la institución, sino también la cultura escolar. Nos resulta imposible seguir disociando emoción de saber,

saber de ética, pues ambos son constitutivos y codependientes en el ser humano que se despliega integralmente.

También se ha destacado que lo que no se aprenden en las habilidades emocionales no es particular opcional y / o periférica, sino que una necesidad central, ya que asegura la madurez psicológica, la toma responsable de decisiones y la formación de proyectos de vida, que busquen tener en cuenta, que sean compatible con los valores fundamentales de las relaciones humanas, La igualdad y la solidaridad. Su aprendizaje es mucho más crucial en un mundo cada vez más globalizado y digitalizado en que se necesita tal aprendizaje para unir a las diversas bases sostenibles que viven dentro de ello.

En este sentido, la escuela debería constituir un lugar de contención y conversión por la reflexión crítica, la inteligencia emocional y los valores bioéticos para tal cosa rehabiliten el sentido del empleo de la tecnología y refuerce la importancia del vínculo con otros. Tal empleo debe hacerse a través de la promoción de entornos pedagógicos emocionalmente sensibles y de la ternura, y la producción colectiva de significados.

Por lo tanto, mediante el rol del maestro que actúa como mediador ético y cuidador emocional, se buscará sembrar en los estudiantes la capacidad de entender, interpretar y transformar su realidad de manera consciente, creativa y responsable. En síntesis, el problema no es la tecnología y su presencia o ausencia en los espacios educativos o los hogares, sino cómo se utiliza esta y en qué contexto formativo se inscribe, donde sobresale un paradigma que implica la formación crítica y la educación moral y emocional. Solo de este modo podrán formarse generaciones capaces de afrontar el desafío de un futuro incierto sin perder de vista lo que es más esencial: su humanidad.

Referencias

- Armaza Deza, J. F. (2023). El Riesgo Del Uso Excesivo De Las Redes Sociales En Los Estudiantes De Latinoamérica. En SciELO Preprints. <https://doi.org/10.1590/SciELOPreprints.5241>
- Baba, A., & Siddiqi, M. (2017). The role of emotional intelligence in ethical decision making: A conceptual framework. *International Journal of Management and Applied Science*, 3(3), 77–82. <https://doi.org/10.5281/zenodo.400604>
- Benarós, S., Lipina, S. J., Segretin, M. S., Hermida, M. J., & Colombo, J. A. (2010). Neurociencia y educación: hacia la construcción de puentes interactivos. *Revista de neurología*, 50(3), 179–186. https://www.researchgate.net/publication/41420578_Neuroscience_and_education_Towards_the_construction_of_interactive_bridges
- Bisquerra, R. (2009). Psicopedagogía de las emociones. Síntesis. <https://sonria.com/wp-content/uploads/2020/03/Psicopedagogia-emociones-Bisquerra.pdf>
- Bisquerra Alzina, R., & Pérez Escoda, N. (2012). Las Competencias Emocionales. *Educación XX1*, 10(1). <https://doi.org/10.5944/educxx1.1.10.297>
- Castillo Cobo, M. C., & Caurcel Cara, M. J. (2023). Diseño, aplicación y efecto de un programa para la mejora de la creatividad en Educación Infantil. *Revista Internacional de Apoyo a la Inclusión, Logopedia, Sociedad y Multiculturalidad*, 4(3), 1–18. <https://doi.org/10.17561/riai.v4.n3.1>
- Challco Huaytalla, K. P., Rodríguez Vega, S., & Jaimes Soncco, J. (2016). Riesgo de adicción a redes sociales, autoestima y autocontrol en estudiantes de secundaria. *Revista Científica De Ciencias De La Salud*, 9(1), 9–15. <https://doi.org/10.17162/rccs.v9i1.542>
- Chávez-Martínez, A. L., & Salazar-Jiménez, J. G. (2024). Relación entre inteligencia emocional y rendimiento académico en adolescentes: aportes para la práctica educativa. *RECIE. Revista Caribeña De Investigación Educativa*, 8(1), 145–165. <https://doi.org/10.32541/recie.2024.v8i1.pp145-165>

- Codina Felip, M. J., & Lluch Molins, L. (2023). El metaverso en parámetros educativos: Una reflexión ética. *Journal of Neuroeducation*, 3(2), 57-73. <https://doi.org/10.1344/joned.v3i2.40776>
- Damasio, A. R. (1994). *El error de Descartes: la emoción, la razón y el cerebro humano*. Editorial Destino.
- Díaz Gamba, W., Torres Melo, A. K., & Sierra Rivera, C. M. (2021). La tecnología como factor de humanización o las tecnologías de la deshumanización. *Nómadas*, (55), 241-250. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n55a14>
- Dennis C-L, Carsley S, Brennenstuhl S, Brown HK, Marini F, Bell RC, et al. (2022) Screen use and internet addiction among parents of young children: A nationwide Canadian cross-sectional survey. *PLoS ONE* 17(1): e0257831. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0257831>
- Espinoza, A. N. P. (2024). Análisis del funcionamiento familiar y las conductas disruptivas en la Educación Básica. *Revista Científica. Disciplinarias*, 3(3), 1-1. <https://doi.org/10.71727/disciplinarias.v3i3.287>
- Esteban, F. (2020). *Ética y educación. Una introducción a la ética de la educación desde la pedagogía crítica*. Editorial Octaedro.
- Fallas, M. P. F., Mora, E. J. R., & Castro, L. G. D. (2020). Impacto del tiempo de pantalla en la salud de niños y adolescentes. *Revista Médica Sinergia*, 5(06), 1-10. <https://doi.org/10.31434/rms.v5i6.370>
- Fundación SM & Educo. (2025, marzo). Radiografía emocional del profesorado en entornos escolares complejos. Fundación SM – Educo. Disponible en: <https://elpais.com/educacion/2025-03-20/aulas-mas-complejas-y-profesores-sobrecargados-un-estudio-indaga-en-el-alarmanete-deterioro-emocional-en-las-escuelas.html>
- Gil-Fernández, R., & Calderón, D. (2021). El uso de las redes sociales en educación: una revisión sistemática de la literatura científica. *Digital Education Review*, 2021, num. 40, p. 82-109 <https://hdl.handle.net/2445/182436>
- Marcos Martínez, A. (2022). ¿Lo técnico como factor de deshumanización? *Cuadernos De Pensamiento*, (35), 53–70. <https://doi.org/10.51743/cpe.340>
- Martínez Heredia, N., & González García, E. (2017). Posibles riesgos del uso de las redes sociales en adolescentes. *Revista de Estudios e Investigación en Psicología y Educación*, (13), 006–010. <https://doi.org/10.17979/reipe.2017.0.13.2120>
- Martínez Rodrigo, E., Segura García, R., & Sánchez Martín, L. (2011). El complejo mundo de la interactividad: emociones y redes sociales. *Revista Mediterránea De Comunicación*, 2(1), 171–190. <https://doi.org/10.14198/MEDCOM2011.2.10>
- Moreira de Freitas, R., Carvalho Olivera, T., Lopes de Melo, J., Vale e Silva, J., Oliveira e Melo, K., y Fontes Fernandes, S. (2021). Percepciones de los adolescentes sobre el uso de las redes sociales y su influencia en la salud mental. *Enfermería Global*, 20(64), 324-364. <https://revistas.um.es/eglobal/article/view/462631>
- Moreno Pulido, A. (2022). Serious games y educación emocional para adolescentes: Una revisión sistemática. *Universitat Oberta de Catalunya (UOC)*. <http://hdl.handle.net/10609/146873>
- Morin, E. (2001). Los siete saberes necesarios para la educación del futuro. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000122044>
- Mulumeoderhwa Mufungizi, E. (2024). El conectivismo digital en los procesos de enseñanza y aprendizaje: principios y aportes pedagógicos. *Revista Latinoamericana Ogmios*, 4(10), 1–11. <https://doi.org/10.53595/rlo.v4.i10.101>

- Noddings, N. (2013). *Caring: A Relational Approach to Ethics and Moral Education*. Berkeley: University of California Press. <https://doi.org/10.1525/9780520957343>
- Pineda Sánchez, A. (2021). Inteligencia emocional y toma de decisiones bioéticas. *Revista Iberoamericana De Bioética*, (16), 01–11. <https://doi.org/10.14422/rib.i16.y2021.009>
- Puig, J. M. (2012). *Ética, educación y valores: Fundamentos de una formación ética en tiempos difíciles*. Editorial Graó. <https://www.scielo.br/j/ep/a/hPwJXsXwfVmGLtn4Sprv8TG/?lang=es&format=pdf>
- Rodado, Z., Jurado, L., & Giraldo, S. (2021). Uso excesivo de las redes sociales en adolescentes de 10 a 14 años un riesgo latente de la nueva era. *Revista Estudios Psicológicos*, 1(1), 33-49. <https://doi.org/10.35622/j.rep.2021.01.003>
- Rodríguez, M., García, W., & Fuentes, C. (2020). Valores éticos y emociones desde el desarrollo de metodologías activas en la formación docente. *Revista Scientific*, 5(15), 229-246, e-ISSN: 2542-2987. Recuperado de: <https://doi.org/10.29394/Scientific.issn.2542-2987.2020.5.15.11.229-246>
- Rojas, M. (2020). *Educar con cerebro y corazón: La neuroeducación como herramienta para la transformación de la escuela*. Plataforma Editorial.
- UNESCO. (2021). *Reimaginar juntos nuestros futuros: Un nuevo contrato social para la educación*. Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000379707>
- Vázquez Gavilanes, M. P. (2021). Factores protectores y de riesgo en el uso de redes sociales en adolescentes. <http://dspace.uazuay.edu.ec/handle/datos/11212>
- Verma, A., Islam, S., Moghaddam, V., & Anwar, A. (2024). Digital Emotion Regulation on Social Media. *Computer*, 57(6), 82-89. School of Engineering and School of Information Technology, Deakin University, Australia. <https://arxiv.org/pdf/2307.13187>
- Yalcin, S., Profesorac, D., Yildizd, D., Caylane, N., Ozdemir, D. F., Profesoraf, D., ... & Nergizh, M. E. (2021). El uso excesivo de pantallas está asociado con labilidad emocional en niños preescolares. *Arch Argent Pediatr*, 119(2), 106-113. <https://sap.org.ar/docs/publicaciones/archivosarg/2021/v119n2a06.pdf>